

El Canal en la novela panameña

DISCURSO DE INGRESO COMO MIEMBRO
DE NÚMERO A LA ACADEMIA PANAMEÑA
DE LA LENGUA

Panamá, 14 de septiembre de 2006

por **D.^a Margarita Vásquez Quirós**

Dr. José Guillermo Ros-Zanet, director de la Academia Panameña de la Lengua,
estimados académicos de la lengua presentes en este acto,
muy estimados amigos:

Vengo esta noche a tomar posesión de una silla que ocupó un enamorado de la poesía por sobre todas sus ocupaciones, con una producción importante y nutrida; un filósofo escritor y maestro, a quien correspondió en todo el sentido de la palabra la consideración de gran académico, pero, además, que amó la vida junto a su familia, maravillado por lo fotografía, la hipnosis, los caballos peruanos, las armas, el deporte del tiro y, sobre todo, por las más bellas especies de orquídeas y de diminutos bonsáis. Digno de admiración, **Tobías Díaz Blaitry** fue un hombre excepcional.

Nació en Panamá en 1919 y murió en el 2005, dejándonos una nutrida obra escrita sobre filosofía, lógica, historia y poesía que recibirá atención primaria de la Academia Panameña de la Lengua. Tres premios Miró tuvo en su haber: *La luna en la mano* (1944), *Poemas del camino* (1947) y *Pájaros de papel* (1980). Además, mereció el premio Universidad de literatura y arte en 1998, y el premio nacional de poesía Ricardo J. Bermúdez del Instituto Nacional de Cultura en el 2001, en reconocimiento a su larga trayectoria en el campo poético. Fue secretario perpetuo de la Academia Panameña de la Lengua y académico correspondiente de la Real Academia Española.

Para saber quién fue D. Tobías Díaz basta con leer el poema «Para el que quiera leerme soy muy claro». A esta imagen de Tobías Díaz Blaitry, a quien tomo como guía y maestro, dedico mi discurso de ingreso a la Academia Panameña de la Lengua.

Para el que quiera leerme soy muy claro

Para el que quiera leerme soy muy claro
nacé, crecí y luego he sido

cristal de hiedra y fuego al aire,
una pasión un poco estremecida
que se oxigena de la nada y crece
en tumulto y a brinco o como un golpe
de hacha o cincel y alegre piedra.

Todo esto he sido, me parece,
y luego una quimera
que cuelga de cornisas peligrosas,
y —acaso un día de fuerza y nervio y sangre—
el hombre que se asoma a una mujer,
un mar continuo,
lleno de miel y lágrimas y besos...

* * *

*Esta historia está contada en piedra.
Poco a poco la molerá la brisa,
el agua,
el tiempo.*
—Tobías Díaz Blaitry

La búsqueda del canal de Panamá en la novela panameña no constituye en este trabajo un inventario minucioso de los hechos e incidentes a los que necesariamente tendré que referirme en mi discurso. Intento identificar unas transformaciones cualitativas que se manifiestan en el decurso del tiempo literario en Panamá, cuando observo las novelas que mencionaré, más de quince, como estructuras de un solo discurso en el que la pasión del sentido es lo que vale. En la búsqueda de un método ante la abundante y proporcionada producción, me pregunto si identificar una tipología sirve a la comprensión del sólido discurso originado.

A partir de esta idea, he reunido en cuatro grupos las novelas que conforman esta narrativa del Canal, a los que he llamado así: «Discurso de las diferencias y desigualdades», «Discurso de la rendición de cuentas», «Discurso de la negociación» y «Discurso del desengaño y la incredulidad». El resto de mi propio texto explica esta tipología y dice cómo —al igual que las aristas de un poliedro— se complementan.

1. Discurso de las diferencias y las desigualdades

Mélida Ruth Sepúlveda,¹ en su trabajo pionero sobre el tema del Canal en la novela, dio las primeras señales de la existencia de una narrativa de la Zona del Canal. Tomó como

¹ SEPÚLVEDA, Mélida Ruth (1975). *El tema del Canal en la novelística panameña*. Caracas: Centro de Investigaciones Literarias de la Universidad Católica Andrés Bello.

núcleo de su trabajo las obras de Joaquín Beleño,² que aluden a las diferencias raciales, sociales y culturales de la gente vinculada al Canal o a la vida panameña entonces.

Ahora bien, porque no creo que el lenguaje de las novelas comunique directamente con la realidad,³ me refiero rápidamente al punto de referencia que, en el caso de Beleño, era su experiencia de vida. Él mismo había trabajado en la Zona del Canal.

En general, en las obras que he llamado *de las diferencias* queda al descubierto el enquistamiento de una presión discriminadora dentro de los grupos de trabajadores en la Zona del Canal: los jamaquinos o antillanos, por un lado, que hablaban inglés o francés, y que tenían otras religiones, y los nacionales (blancos y negros), procedentes del interior o de la ciudad, que hablaban español y eran, tradicionalmente, católicos. Estas diferencias crean presiones internas que chocan con otras externas, provenientes de Wáshington, dueña del poder político y administrativo dentro de la Zona, que establece, de acuerdo con el pensamiento de la época, la división social y salarial denominada “gold roll”, para los norteamericanos; y “silver roll”, para los de otras nacionalidades.

A causa del surgimiento de estos tres nudos sociales, dos de los cuales hablaban inglés, surge el bilingüismo en el grupo de los antillanos, pero no entre los panameños, sobre todo si, como Ramón de Roquebert, personaje de *Luna verde*, vienen del interior. En Panamá, la lengua de la política, de la vida pública, de la educación, de la cultura y de la literatura es el español. Por otro lado, la vivienda constituye motivo de conflicto, y aparecen descritas en las novelas las casas de madera del arrabal de la ciudad con sus tristes zaguanes y sus cuartos en donde la prostitución gradúa a alguna niña mientras en Bella Vista los dueños de aquellas casas de madera tejen para sus hijos ambiciones presidenciales, como expresa *Luna verde*.⁴

En la Zona del Canal, en cambio, la lengua de la vida pública, de la educación, de la cultura y de la literatura era el inglés. Toda esta gente se define a sí misma por contraste: la idea básica era que la identidad norteamericana blanca era superior a la de todos los otros pueblos y culturas (eran los años de las luchas contra la segregación racial en los Estados Unidos) y, con esta idea en la cabeza, se encierran en la Zona del Canal. Era un mundo ordenado y embellecido con calles sembradas de acacias anaranjadas, todas

² *Luna verde* (1949-1951), *Curundú* o *Curundu Line* (1955-1961) y *Gamboa Road Gang* o *Los forzados de Gamboa* (1959-1960).

³ Ver en BELEÑO, Joaquín (1949-1951). *Luna verde*. Panamá: Manfer. S. A., «Advertencia». Página 7.

⁴ Obra citada. Página 69.

iguales, que florecen el mismo día y a la misma hora todos los años, como dice la narradora de *Sin fecha fija*,⁵ de Isis Tejeira.

Gamboa Road Gang, *Curundu Line* y *Luna verde*, de Joaquín Beleño; *Sin fecha fija* (1982), de Isis Tejeira; *Vida que olvida*⁶ (2002), de Justo Arroyo; así como las novelas del Dr. Carlos Guillermo Wilson (Cubena)⁷ *Chombo* (1981) y *Los nietos de Felicidad Dolores* (1991) crean y modelan verdaderos desgarramientos culturales a partir de una engañosa aventura del lenguaje.

Las novelas agrupadas tipológicamente en este apartado muestran la transformación (en *Luna verde*) de un joven con una condición existencial disminuida y precaria por venir del interior, como Roquebert, que es considerado 'brown', 'niger' aunque sea blanco cuando trabaja en la Zona, en el héroe estudiantil que, entre banderas enarboladas, "manchadas de sangre, rotas en jirones", rechaza de plano la aceptación de un convenio contra las fuerzas de la policía panameña. Este hombre que se esfuerza por validar lo suyo, manifiesta en su propia actuación y discurso, a su vez, un rechazo de la "gente de color", grupo al que no quiere pertenecer porque habla inglés, como tampoco siente que le toca nada el otro grupo privilegiado de panameños que tiene acceso a la educación en la Zona. Así, las novelas de Beleño utilizan la literatura como instrumento de reforma social y política, pero que, a la vez, crea un espacio para el reconocimiento de lo propio a través de lo otro, con lo que se compara.

Este fenómeno de las diferencias queda caricaturescamente plasmado en *Loma ardiente y vestida de sol*⁸ (1973), de Rafael Leonidas Pernett y Morales, en una celebración del 4 de julio en la Zona, en que el dueño-amo, que es el gringo, se mantiene a la distancia porque no quiere contaminarse, baila *soul*, apartado de los negros, que también bailan *soul*, despreciando ambos a los latinos que bailan cumbias y guarachas. Lo anterior no es la representación de la realidad, sino satirización de la vida, utilizando el nivel vulgar de lengua que corresponde a la gente que lo habla.

Precisamente, en general, la obra de Beleño ha sido tachada de poco elaborada con el fin de mantenerse dentro de su condición de literatura realista, al alcance del pueblo. En efecto, su lenguaje narrativo prefiere la inquieta oralidad, las interrogaciones y asombros, los anglicismos y vulgarismos, para advertir que en el discurso de las

⁵ TEJEIRA, Isis (1986). *Sin fecha fija*. Panamá: Formas, S. A. Página 43.

⁶ ARROYO, Justo (2002). *Vida que olvida*. Panamá: Alfaguara.

⁷ Se puede leer en la red: <http://www.denison.edu/collaborations/istmo/n05/articulos/panameno.html>

⁸ PERNETT Y MORALES, Rafael Leonidas (1973). *Loma ardiente y vestida de sol*. Panamá: Manfer S. A.

diferencias y desigualdades está encendido el fuego de la controversia y de la disensión. Mucho más allá en este sentido viajó el expresionismo de *Loma ardiente y vestida de sol*.

2. Discurso del ajuste de cuentas (1952-1982)

Las historias paralelas de Pedro Prestán y Victoriano Lorenzo conforman un grupo de tres novelas cuyos temas interpretan sus ejecuciones como acciones del poder político norteamericano y panameño para evitar levantamientos o escaramuzas de la gente pobre, y proceder, en 1885, al desalojo e inundación de los pueblos condenados a morir por inmersión bajo el agua de los lagos del Canal, y, en noviembre de 1903, a la inmediata firma de la Convención Ístmica tras la separación de Panamá de Colombia. Las tres novelas son *Pueblos perdidos*⁹ (1962), de Gil Blas Tejeira; *Desertores*¹⁰ (1952), de Ramón H. Jurado; y *El guerrillero transparente*¹¹ (1982), de Carlos Francisco Changmarín. También incluyo en este grupo *La otra frontera*¹² (1959), de César Candanedo, porque cuenta el periplo de la gente cuyas tierras quedaron bajo las aguas del lago Alajuela (también en el Canal) y el sacrificio de Cruz Albán, el consejero de los campesinos. Entre estas novelas menciono *El último juego*¹³ (1976), de Gloria Guardia, porque hace resurgir la imagen del guerrillero. Es el discurso del ajuste de cuentas porque en el hondón del sentido, en estas obras, se entiende que la satisfacción del agravio original está pendiente.

Las cuatro primeras novelas revelan un carácter historiográfico, aunque hay diferencias entre estas tanto desde el punto de vista del estilo como también del manejo de la materia historiográfica. Tanto *Desertores* como *El guerrillero transparente* vinculan la finalización de la revolución liberal de finales del siglo XIX y principios del XX, cuya paz fue firmada en el buque norteamericano Wisconsin, con la separación de Colombia, y la firma de la Convención Ístmica con los Estados Unidos para la construcción del Canal, solamente dieciocho días después del 3 de noviembre. La ejecución se interpreta en las dos novelas como una traición de los liberales y conservadores. Por eso Ester, personaje ficticio femenino que es portaestandarte de la bandera en *Desertores* (como en *Luna verde* fue un estudiante), acusa a los políticos de ambos bandos de haber desamparado su nacionalidad, es decir, de ser desertores, y de haber dejado inerme a Panamá ante la potencia en su apogeo expansivo. Esta interpretación literaria de unos hechos

⁹ TEJEIRA, Gil Blas (2003). *Pueblos perdidos*. Panamá: Edición del Centenario. Asamblea Legislativa.

¹⁰ JURADO, Ramón H. (1999). *Desertores*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.

¹¹ CHANGMARÍN, Carlos Francisco (1982). *El guerrillero transparente*. Panamá: Mariano Arosemena.

¹² CANDANEDO, César (2003). *La otra frontera*. Panamá: Biblioteca de la Nacionalidad.

¹³ GUARDIA, Guardia (1977). *El último juego*. San José de Costa Rica: Educa.

memorables discutidos apasionadamente por liberales y conservadores en la primera mitad del siglo xx, según mi interpretación, dejó su marca en la historiografía.

Treinta años después, *El guerrillero transparente* retoma el mismo punto de vista. Ante la traición, son las mujeres de los guerrilleros (Lorenza y Marita) las que llaman a los revolucionarios a la rebelión, y Victoriano queda transformado en un caballero andante que recorre los campos panameños después de su ejecución, con un ejército de cristal, el pueblo. Un nuevo tipo de novela histórica comienza a germinar, entregándoles el discurso de la interpretación de los hechos a personajes del pueblo. El mensaje está claro: la revolución no ha muerto entre los humildes.

También en *Pueblos perdidos* el ajusticiamiento de Pedro Prestán se interpreta como una traición de los partidos políticos (conservador y liberal), presionados por los Estados Unidos, para impedir levantamientos de protesta cuando fueran lanzadas de sus tierras las familias con motivo de la construcción del lago Gatún. Dieciocho años antes de la construcción de esta gran obra de ingeniería, se preparaba el escenario humano en la novela, pues hay una clara relación causal entre sus dos partes: había que silenciar las voces disidentes que hicieran peligrar el *statu quo* tanto en 1885 como en 1903.

Si nos detenemos en las dos fechas (1885 y 1903), en las novelas hay un movimiento a largo plazo de castración de las revueltas en el espacio del cruce entre los mares, porque tanto Prestán como Victoriano, que declaran su inocencia de aquello de que se les acusa, son ejecutados. En este discurso novelesco, la concreción del progreso que significaba la construcción del Canal servía para levantar la horca y el paredón de los humildes: un mulato y un cholo; pero lo que podría parecer una tragedia por lo que tiene de traición, Tejeira y Changmarín lo actualizaron de modo que la caída de los personajes no destruye el espíritu del hombre, sino que abona la conciencia de justicia y libertad. *Desertores*, en cambio, sí termina con un tono trágico que anuncia un apocalipsis.

Un guerrillero de nuevo cuño, Comandante 0, es el personaje de *El último juego* (1976), álgter ego del nicaragüense del mismo nombre¹⁴, quien exige en esta novela que la recuperación de la Zona del Canal sea conquista de las masas populares, y que el Canal muestre resultados de carácter social y no el enriquecimiento de los oligarcas o de los militares. En la novela, las solicitudes de Comandante 0 no pueden ser castradas por una

¹⁴ El episodio guerrillero al que hace referencia Gloria Guardia es el asalto a la residencia de José María (Chema) Castillo Quant el 27 de diciembre de 1974, en la ciudad de Managua. El Comandante 0 era, en ese entonces, Eduardo Contreras, médico/escritor y uno de los intelectuales más valiosos del Tercerismo sandinista, asesinado por el somocismo en 1976, según expresa la escritora panameña.

ejecución porque manifiestan los deseos colectivos de la izquierda en un medio escrito público y con grandes caracteres: el de las pancartas y cartelones para conocimiento del mundo. Sin embargo, Mariana, la mujer con la que el negociador Tito Garrido sostiene un retrospectivo diálogo interno, la Ester de *Desertores*, la Lorenza de *El guerrillero transparente*, ya está muerta por un tiro escapado del arma de uno de los propios revolucionarios. Comandante O trae a la escena la imagen y las palabras de Justo Arosemena en 1856, que dirige “a los ambiciosos que ven en la patria mercados para llenar sus bolsillos”¹⁵, y, por otro lado, “a los que sueñan con la grandeza de la patria”.

La otra frontera y *Pueblos perdidos* señalan otras situaciones de conflicto. La primera ubica a sus personajes ficticios en un espacio rico en sucesos ocurridos fuera de la conciencia del autor, que ponen de manifiesto una regularidad: los pobres tienen que aceptar el éxodo. Para salvarse deben reconocer entre sus filas a sus guías y consejeros. Estos pobres que construyen con sus manos una represa en el lago del Canal y ven desaparecer sus tierras bajo el Alajuela no se quedan en la orilla como hicieron los de *Pueblos perdidos*, que intentan sobrevivir a orillas del Gatún. Son seres trashumantes que sostienen que la tierra es de quien la trabaja, que se mueven en busca de nuevos horizontes de modo que inician el éxodo, con Juan Cancio a la cabeza.

Cuando *La otra frontera* gana el segundo premio del concurso Miró 1959-1960, es el momento de la lucha por la soberanía y del triunfo de la Revolución Cubana. César A. Candanedo, cuyo centenario se cumple este año, encontraría en la magia del que mira hacia adentro reconociéndose a sí mismo (ño Cruz, Juan Cancio, Cansarí) la fuerza mágica para cambiar los tiempos: un misterioso vendaval; la sigatoka negra; por último, las plagas del comunismo y las protestas. El asunto concluye así: gente como Juan Cancio y el indio Cansarí hacen cambiar el tiempo y borran las cercas y fronteras, confirmándose a sí mismos, reconociéndose, respetándose.

Por su parte, *Pueblos perdidos*, selecciona y transforma, como afirma Luis Pulido Ritter,¹⁶ un hecho trágico como la pérdida del paraíso que eran las tierras inundadas, en la prosperidad de los que halagan su querencia o que se mueven al ritmo de los cambios y sistemas económicos. En la obra se hundan más de doce pueblos para dar paso a la vía acuática, y nuevas comunidades renuevan la vida, adoptan los nombres y, no de la misma manera, recobran, con el nombre, algo de su romántica dignidad.

¹⁵ GUARDIA, Guardia (1977). *El último juego*. San José de Costa Rica: Educa. Página 93.

¹⁶ PULIDO RITTER, Luis (2005). «Gil Blas Tejeira: El arca de Noé de la modernidad y el paraíso perdido de la nación romántica». En *Invest. Pens.Crit.* 3: 33-42.

En *Sin principio ni fin*¹⁷ (2001), de Justo Arroyo, ocurre la transformación del indígena Constantino Aguilar en el álgter ego de Victoriano Lorenzo; y la transmutación del asunto de una novela que lleva la máscara ruralista en novela existencial. La transformación de la conciencia resentida de los panameños tras esta larga narración que nos ha contado el discurso novelesco es lo que propone esta novela. Constantino Aguilar, frente al paredón (como cien años antes Victoriano), contempla la finitud de la vida, y acepta un hecho que lo convertirá en pasado. En un instante, Constantino se enfrenta a la multitud y camina desde su celda hacia el paredón, haciendo sonar las botas (las botas puestas) a la medida de sus pies abiertos de tanto andar descalzos. En *Desertores*¹⁸, en cambio, los pasos que se escuchan son los de la escolta que le dará muerte a Victoriano. En esta novela de Justo Arroyo, el sonido del primer paso fue casi imperceptible; el segundo pareció romper adoquines y la multitud bajó la voz; el tercero adquirió la cualidad de un disparo, imponiendo el silencio; el cuarto paso hizo que la gente comenzara a sudar; con el quinto, el desconcierto fue general. Habían llegado para ser espectadores del fin de la vida de un hombre, no para sentirse incómodos ante la arrogancia del indio, “que caminaba con el paso más firme que habían visto en su vida, que taconeaba con la fuerza y el aplomo de un hombre en pleno control de su destino [...] Un hombre que con cada *toc toc* de sus botas les retaba a encontrar un individuo más libre”.¹⁹ No puedo dejar de emocionarme. Nuestra literatura ha vencido el intento de paralización de nuestra voluntad. No se ha podido porque el panameño ha ejercido la comprensión de su propia finitud, para ocupar un lugar en la infinitud de la historia.

Se han puesto en tensión, en *Sin principio ni fin*, una suma de instantes que comparten el carácter finito (momentáneo) con el histórico (permanente en la memoria); el carácter de inverificables (porque son irrepetibles) con lo que creemos (porque nos ha sido dicho por los libros históricos); el carácter verdadero con el falso. Los ha puesto en tensión, digo, para exigir un movimiento intertextual que va de los textos de ficción a los históricos y viceversa, y, finalmente, a la crítica del presente a partir de una visión del pasado.

En lo profundo, ocurre paulatinamente la transformación de las razones humanas expresadas en el lenguaje campesino de *La otra frontera*. En 1983 surgió también, procedente del campo, otra novela de César Candanedo en la que, finalmente, destaca la esperanza, a pesar del nombre de la novela, *El perseguido*²⁰ (1986): un canal construido

¹⁷ ARROYO, Justo (2001). *Sin principio ni fin*. Panamá: Mariano Arosemena.

¹⁸ JURADO, Ramón H. (1999). *Desertores*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica. Página 229.

¹⁹ Obra citada. Página 114.

²⁰ CANDANEDO, César (1986). *El perseguido*, Panamá: Mariano Arosemena.

por un hombre para satisfacer la necesidad de agua de su hogar. Y el hombre con sus vecinos lo construyen para todos, y traen agua para la vida; construyen un canal que hace florecer los patios de las casas; en un espacio en donde se oye la risa de un niño y crece un árbol de mango para darle sombra al pasado. Es un canal que nos da un resquicio de esperanza para eliminar fronteras de ironía que nos mantengan sujetos a *El desván*.²¹ Si en el transcurso de cien años hubo fusilamientos inexplicables, traiciones, negociaciones oscuras, magnicidios no resueltos, sospechas, disfraces que, aunque no tengan nombre propio, no se pueden olvidar, la literatura se encarga de estructurar un discurso que nos mantenga alertas y despiertos a todos con nuestros lenguajes contradictoriamente naturales, irónicos, carnavalescos, vulgares, esperanzados y profundos. No de otro modo ajustamos los panameños las cuentas.

3. El discurso de la negociación

Son cuatro las novelas que tratan de negociaciones y negociadores; en tres de los casos hay estrechos vínculos con la historiografía, pero no en *El último juego*; en *No pertenezco a este siglo* (1992), de Rosa María Britton, surge la imagen de Mallarino de los labios de José Ignacio Pérez Montoya, un senador colombiano quien, ya viejo, lo compadece por haber comprometido el futuro del Istmo; en *Con ardientes fulgores de gloria* (1999), de Jorge Thomas, Philippe Bunau-Varilla y John Hay cobran vida delante de la imagen de Theodoro Roosevelt, quien promueve la política expansionista y su propia carrera política, aunque es un periodista norteamericano quien guía el descubrimiento de la otra cara del negociador francés; en *El último juego*, el lector se instala en la conciencia de Tito Garrido, negociador ficticio e hijo de otro negociador para conocer los hechos vividos; y en *Lobos al anochecer* (2006), de Gloria Guardia, los vulgarismos de José Antonio Remón Cantera delatan el desparpajo de su conducta irregular. En general, el discurso de la negociación revela un deterioro de la conformación humana de los negociadores, con gotas de esperanza.

La selección del Mallarino-Bidlack como fuente de los conflictos entre Colombia, Panamá y los Estados Unidos, así como los aspectos sociológicos, políticos, míticos, geográficos a los que alude *No pertenezco a este siglo*, persiguen explicar la “pérdida” de Panamá desde el punto de vista de un senador colombiano. La diégesis revela las causas, que surgen de las revoluciones que arrasaban Colombia en el siglo XIX. La apartada tierra istmeña resulta el refugio de una bella modista que huye de la familia aristócrata de su amante para conservar a su lado a su hija; castigo para los artesanos levantados contra la

²¹ JURADO, Ramón H. (1954). *El desván*. Panamá: Litográfica, S. A.

autoridad; lugar de paso expuesto a las enfermedades y a los robos, pero con noches maravillosas que proyectan al hombre hacia el infinito, y con gente que anhela trabajar su tierra.

Con ardientes fulgores de gloria, escrita por Jorge Thomas, seudónimo de Juan David Morgan, publicada también con el título de *Arde Panamá*, de igual modo le da un alto valor semántico al Tratado Mallarino-Bidlack de 1846, por el cual los Estados Unidos defenderían la soberanía de Colombia en el istmo de Panamá cada vez que fuera necesario. Alude esta novela (narrada a dos voces, una de las cuales es un periodista investigador) a un pacto de caballeros entre los representantes de los gobiernos norteamericano y colombiano para que, decidido el final de la Guerra de los Mil Días con la intervención de la potencia desde el vapor Wisconsin, se negociara un tratado para la continuación de los trabajos del Canal. En este convenio, finalmente, se ofrecería pagarle a Colombia diez millones de dólares, fuera de que se satisfaría a los franceses con cuarenta millones, cuyo destino final sirve de motivo al periodista para investigar el caso. La negativa colombiana a ratificar el Herrán-Hay y las presiones de la ley Spooner, que obligaba a los norteamericanos a considerar la ruta por Nicaragua en caso de contingencias con Colombia, crean la necesidad, en la novela, de favorecer la independencia de Panamá para asegurar la construcción del Canal. Al lector se le ofrecen datos para que pueda imaginar la lentitud de las comunicaciones, la pericia o impericia en el manejo de las lenguas, la habilidad para conseguir determinados propósitos y las calles sin salida a las que llegaron los delegados panameños en aquellas circunstancias. Sin embargo, en novelas posteriores (2002 y 2006), Bunau-Varilla, el negociador, vuelve a ser el hombre que se prestó para adquirir las acciones de la Compañía Francesa y revenderlas con una ganancia exorbitante para el Gobierno norteamericano.

John Hay, en *Con ardientes fulgores de gloria*, adopta el papel de artífice de los Tratados Herrán-Hay y Hay-Bunau-Varilla, que resultan una explicación distinta de los sucesos. A Bunau-Varilla, la otra parte, ya que en 1927, la Asamblea de Panamá lo había declarado “extranjero pernicioso para el país” y lo entregó al “escarnio de los panameños y a la execración de la posteridad”.

Estas dos novelas (*Con ardientes fulgores de gloria* y *No pertenezco a este siglo*) dan la señal de partida al espíritu que dará vida a las negociaciones en las otras novelas, y de sus consecuencias. Los resultados de la focalización en el período del Mallarino-Bidlack, si bien advierten que Panamá aspiraba al autogobierno tan tempranamente como en la década de 1840 por diferente (y, por lo mismo, considerada tierra de exclusión y castigo), y que los conservadores panameños (con algunos liberales) tomaron decisiones urgentes

acerca del movimiento del 3 de Noviembre, también dejan claro que la independencia que se conseguía con el apoyo norteamericano resultaba una entidad mediatizada por la construcción del canal.

Por otro lado, esta focalización en el Mallarino-Bidlack explica la secuencia de invasiones a las que sería sometida Panamá desde 1856 por los norteamericanos, aunque ya antes había sido vejada por los nietos de Pedrarias y por los piratas ingleses en otras obras literarias.

En *Y sonó sobre nosotros el estruendo de la muerte* (2001-2002), de Jilma Noriega de Jurado, desde un punto de vista testimonial y con un tono íntimo, Margarita escribe unas cartas a su esposo muerto para recordar la vida política panameña en el siglo XX. Si ella destaca el nombre del Dr. Harmodio Arias Madrid y el Tratado General de 2 de marzo de 1936 negociado por él porque “eliminó el compromiso de los Estados Unidos de garantizar la independencia de Panamá”, también resalta el agradecimiento cordial de la invasión de 1925 por motivos surgidos entre las clases populares (los inquilinos) y los grupos poderosos económicamente (los dueños de casas) por parte de Rodolfo Chiari.

Puede ubicarse ya en estos dos nombres la contradicción que se planteará en adelante entre panameños. En las novelas podrá percibirse que, dentro de la sociedad habrá oposiciones entre lo poco y malo que reciben las clases populares como resultado de los convenios, cómo se aprovechan los políticos y los poderosos del apoyo norteamericano y el pensamiento claro y definitivamente panameño de algunos intelectuales de conciencia.

Se expresa en este discurso novelesco de la negociación que los movimientos populares fueron decisivos. Con motivo del rechazo del Convenio Filós-Hines en 1947, “sobre la conveniencia de entregar a los gringos por diez años prorrogables en otros diez, a voluntad exclusiva de Washington, los sitios de defensa...”, en la novela, la abuela cuenta a su nietos²² que el pueblo mostraba a los diputados, por las claraboyas del edificio de la Asamblea, gruesas sogas con nudos de ahorcado para obligarlos a votar NO. Ya vimos cómo fue la reacción en *Luna verde*.

También en *El último juego*, el negociador Roberto Garrido, hijo de otro ex-negociador, recuerda su experiencia de niño de aquellos días de 1947, de manera irónica,

²² NORIEGA DE JURADO, Jilma (2002). *Y cayó sobre nosotros el estruendo de la muerte*. Panamá: Mariano Arosemena. Pág. 48.

mediante un discurso fraccionado para destacar la cobardía de los diputados panameños empeñados en firmar el Tratado Filós-Hines, las denuncias de las presiones recibidas desde Wáshington, las publicaciones, las manifestaciones, el rechazo del convenio, la decisión de engavetarlo, hasta cuando en 1955, Remón Cantera les entregó a los norteamericanos el valioso espacio de Río Hato (según hilvana la novela) a cambio de unos cuantos beneficios comerciales. En *Desertores*, publicada en 1952, cuando se negociaba el Remón-Eisenhower, Esther Becerra siente una extraña atracción por el Farallón (cercano a Río Hato) y expresa sugestivamente al final de la novela que no le teme a las luces que allí aparecen.

Esther no teme. Pero en *El último juego*, muere Mariana en la discusión acerca de la defensa conjunta del Canal, en la que se alude a Torrijos. D. Tito piensa que ni los guerrilleros ni nadie van a cambiar esa idea. Y, efectivamente, aquella determinación original del Mallarino-Bidlack estaba latente: había que garantizar la independencia de Panamá para los políticos.

Lobos al anochecer, de Gloria Guardia, narrada a varias voces y en dos partes, presenta la imagen de Remón, el negociador que reconoce la dificultad de manejar los papeles de los convenios con los norteamericanos. Surge del discurso leyendo y subrayando los textos, pero dispuesto a informar con claridad a la ciudadanía los resultados. El narrador, en el capítulo v, describe el pensamiento del militar, defiende la soberanía y rechaza la versión historiográfica que le adjudica a Theodoro Roosevelt la independencia de Panamá.

En aquel 1955 hay encontronazos de violencias. Detrás del Tratado Remón-Eisenhower y del logro de “concesiones” económicas, *Lobos al anochecer* muestra la intervención de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y la mafia de la droga (nada romántica) que ingresan a Panamá para favorecerse, precisamente, de su mayor recurso: la situación geográfica. O el magnicidio fue una vendetta porque Remón negociaba descaradamente con otros grupos de mafiosos o fue un castigo por el tono nacionalista de su discurso. Lo cierto es que el discurso identifica a otra víctima (que no fue Remón): José Ramón Guizado, quien, por no someterse a los manejos de los políticos que se movían para traicionar a los panameños, fue acusado del magnicidio y hecho preso. La obra eleva la imagen de Guizado, en un reconocimiento de la injusticia cometida, de modo que sugiere que entre las clases altas panameñas también hubo sacrificados.

Lo cierto es que la novela de la negociación muestra que la podredumbre está enquistada. El vínculo es un panameño de nuevo cuño, cínico y despiadado: Willie

Fernández. La intervención llega desde fuera, guiada y patrocinada inhumanamente por el Gobierno de los Estados Unidos y se instala no solamente en Panamá, sino en Nicaragua y en República Dominicana, pero aquí están quienes ejecutan disciplinadamente lo que se les ordena. Solo le temen al surgimiento de las voces de los intelectuales y pensadores de conciencia, expresa la novela. Sin embargo, para acallarlos están los que ponen fin a las sumarias con auto de sobreseimiento provisional, es decir, los enredadores del panorama que hacen que los asuntos judiciales duerman el sueño eterno. Aquello ocurría en la década de los años de 1950, pero no olvidemos que esta novela se escribe en el 2006.

Una de las narradoras es la hija de un patricio panameño, casada con un militarote argentino, quien se formó en la escuela de las Américas, en la Zona del Canal. Es un patán y ella no lo ama. Siempre quiso al *dandy* Willy Fernández, pero, finalmente, no comete la torpeza de entregarse a su pasión. Al terminar la novela, mientras piensa en los nueve diputados que han demostrado tener honor en el juicio a Guizado, ella se da un baño, descrito lentamente, y es el agua la que elimina por completo sus pesadillas cuando ella las sumerge. En la última página [362], frente al mar, “unas aguas antiguas, aguas con memoria”, las del Pacífico, dan respuesta a su pregunta acerca de qué hacer: “Es asunto de deshacerse de las máscaras, de afinar las voces interiores, de volver a nacer y mantener siempre viva la esperanza... Solo entonces la historia será algo más que un desgarró, que un nebuloso laberinto abierto”.

4. Discurso del desengaño y la incredulidad

Hasta aquí he localizado un importante corpus de novelas que hacen lo siguiente: ofrecen testimonios y revisan la historiografía con el fin de corregirla, partiendo de los asuntos del Canal como causal importante de la separación de Panamá de Colombia, sin romper todavía con el molde tradicional del género de la novela histórica, o de la novela ruralista que enfatiza aspectos ideológicos relacionados con la presencia de los panameños más humildes. La dinámica interna del proceso de apropiación, por las potencias mundiales²³ (España, Inglaterra, Francia y Estados Unidos), del paso entre los dos mares, y, con este, del agua y de la naturaleza se va matizando con la participación de los propios Gobiernos panameños.

Con *El último juego* (1976), se registra la transformación de una novela del fluir de la conciencia en novela del discurso político por un lado, que espera tener éxito a la hora

²³ España, Inglaterra (época colonial); Francia, Estados Unidos (época colombiana); Estados Unidos (época republicana).

de firmar los próximos tratados (los de 1977) con los Estados Unidos, y del discurso revolucionario, por el otro, que ya no cree en los gobiernos sino en la solidaridad recibida por parte de los otros pueblos y en la lucha particular. Aunque se trata de una nueva redefinición de la narrativa del Canal, falta aún una referencia al discurso de la incredulidad en las palabras ajenas: *Manosanta* (1995).

En *Manosanta*, de Rafael Ruiloba, se registra la transformación del discurso propio de la novela de misterio en la parodia de otro discurso historiográfico y político. Este último resulta totalmente alterado porque un enojo ancestral responde con sarcasmo al engaño, la hipocresía y los oscuros manejos de los grupos gobernantes desde la separación de Panamá de Colombia y la firma de los tratados del Canal, para beneficio de unos cuantos.

Manosanta trae al tapete la discusión sobre el origen de la República. Echándole una mirada caricaturesca a la vida privada diaria de los franceses, reconstruye las batallas de la Guerra de los Mil Días, la defensa de la ciudad amenazada en el momento de la independencia y otras más, en las que introduce el discurso carnavalesco de Bajtín. Así, ilustra, duramente, el conflicto ocasionado por las interpretaciones diversas de los hechos historiográficos. Por lo tanto, hace una advertencia en la práctica, sobre la necesidad de considerar con atención el valor de los discursos.

Específicamente, *Manosanta* muestra en su diégesis que es imposible reducir la realidad humana a su historicidad, para lo que destaca un elemento ético negativo (la hipocresía) que, según sus planteamientos, envuelve a la sociedad panameña del pasado, y la del lector de la novela. Los amiguismos, las relaciones familiares y políticas y las componendas no permiten diferenciar lo que los gobernantes aseguran que es verdadero, de lo que viene envuelto en una mentira.

Creo haber mostrado de qué modo se ha movido el discurso del Canal. Entre 1949 y 1973, en el discurso de las diferencias, surge un texto escrito por el testigo presencial de la fractura de una sociedad emergente; entre 1952 y 1982, en el discurso de la rendición de cuentas, se analizan los modos que puede adoptar el lenguaje de la revolución; entre 1976-1999, en el discurso de la negociación, se analiza cuáles fueron las causas de la secuencia de invasiones, los orígenes de la República, las consecuencias del modo de gobierno; en 1995, el discurso del desengaño invierte la realidad, la desfigura, miente, para mostrar que los propósitos y las acciones se ocultaron en las profundidades violentas para enseñar una superficie corroída por el carnaval cuando se sabe la verdad.

FIN

Me parece que, actualmente, con la lectura de estas novelas panameñas es posible abordar críticamente un proceso que haga brotar una conciencia alerta, dispuesta a solicitar que siempre se nos presenten cuentas claras a los panameños.

El proceso del enriquecimiento de esta conciencia alerta a llamar las cosas por su nombre, no puede partir de la adición de gotas amargas, así que recurro a la apacible y esperanzada luz de *Pueblos perdidos*. El 14 de agosto de 1914, una lancha de casco azul transitaba por el lago Gatún. Al timón iba un hombre joven, bien musculado y rostro bronceado. Era el más diestro piloto de cuantos panameños navegaban por el lago. Por muchos años, la voz de los pilotos del Canal dejó de ser una voz cercana y conocida, pero hace pocos años he vuelto a reconocer la voz de Bernabé Rodríguez, que anunciaba en 1914 que algún día gobernaríamos los barcos en tránsito como también nuestro destino.